

Patricia SHAW FAIRMAN

RICH REVEL AND RECKLESS MIRTH: REFLEJOS DE LA VIDA FESTIVA EN LA LITERATURA INGLESA MEDIEVAL

Este estudio tiene por objeto principal, dentro del marco general del Seminario acerca de *Las Fiestas Medievales* al que corresponde, comentar algunos de los aspectos de la vida festiva inglesa de la Edad Media que tienen su reflejo en las obras literarias de la época. Sin embargo, antes de seguir, conviene tal vez aclarar que como la literatura medieval inglesa, por razones lingüísticas e histórico-culturales, suele desglosarse en dos períodos bastante diferenciados, trataremos el tema de la fiesta en cada uno de estos por separado. Nos referimos al período anglosajón, o del Antiguo Inglés, cuyos textos van desde el 650 hasta el 1100 aproximadamente, y al período que empieza más o menos a partir de la Conquista Normanda en 1066, y termina en 1500. Este segundo período ofrece un abanico mucho mayor de textos literarios escritos en los distintos dialectos, y en las distintas fases, del Inglés Medio.

El corpus de la literatura anglosajona, tanto en verso como en prosa, como acabamos de sugerir, es relativamente reducido, sobre todo en cuanto a la temática tratada, y precisamente porque la mayoría de los textos que poseemos de esta época son de inspiración religiosa y de intención didáctica, es por lo que las referencias a la vida festiva son más escasas que en la literatura posterior, en la que se cubre un espectro mucho más amplio de géneros, de registros y de temas.

Aun así, la poesía épica anglosajona y, en menor grado, la poesía elegíaca, sí arrojan alguna luz sobre la manera en que los ingleses durante estos cinco siglos concebían la idea de la fiesta, o, por lo menos, cómo la concebían las clases altas, puesto que el pueblo tiene poca cabida en los textos anglosajones que han llegado hasta nosotros. Lo mismo podría decirse *grosso modo* de la literatura en Inglés Medio, aunque en este caso, ciertos géneros, tales como el *fabliau* o la poesía lírica seglar, sí ofrecen algunos datos acerca de cómo se divertía el pueblo llano.

El denominador común de la mayoría de las alusiones a la fiesta en textos anglosajones es, sin duda alguna, el *banquete*, celebrado en el *healle*, en la gran sala o palacio, de reyes, príncipes o grandes señores, y en este sentido, estos textos anglosajones se muestran acordes todavía con lo que subrayaba Tácito, en su *Germania* (A.D. 97-98), unos siete siglos antes: «Ninguna nación se entrega de manera tan completa al festín y al esparcimiento como la germana» (Cap. 21). Aunque por banquete haya que entender muchas cosas: bebida, música, cantares, regalos dados y recibidos, curiosamente no se pone ningún énfasis en la epopeya anglosajona en la *comida*, que sí desempeñará un papel importante en textos posteriores. En el canon poético anglosajón apenas se encuentra referencia alguna a los alimentos. Este hecho resulta aún más llamativo si se piensa en la importancia que sí se concede, en tales ocasiones festivas, a la bebida: al vino, al hidromiel y a la cerveza. Tal es la importancia del vino que llega a formar nombres compuestos con voces que designan «sala»: *winsael*, *winsele*, *winreced*, es decir, «sala del vino», y que sirven de sinónimos de *healle*, tanto en obras elegíacas como, por ejemplo, en *Beowulf*. En este poema, se exalta la decoración interior del palacio del Rey Hrothgar, calificándolo de *þæt winreced, gestselle* (1993), «la sala del vino», «la sala de los invitados». En *Beowulf*, el vino siempre se asocia con la alegría: tras la primera hazaña heroica del propio Beowulf, se celebra una gran fiesta en la que «los criados servían vino en copas maravillosas» (1160-1161), pues se trataba, dice el anónimo bardo, del «festín más distinguido», «donde los hombres bebían vino» (1232-1233). Cuando, en un poema elegíaco, un navegante, en su fría soledad, quiere evocar la feliz vida del hombre urbano, concibe a éste como «contento y colorado bajo los efectos del vino» (*El Navegante*, 29). A los ingleses de hoy, nos pueden sorprender tantas alusiones al vino, vistas las características climatológicas del país, pero es interesante notar que en 731, Beda, en la descripción que ofrece de la *Britannia*, al principio de su *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum*, alude a «las viñas que se cultivan en varias localidades» (I.1.), aunque Tácito, en su *Agrícola* (Cap. XII), una de las fuentes consultadas por Beda, afirma lo contrario: «El suelo de Britannia puede dar toda clase de productos, salvo el olivo y la vid, y otros productos propios de climas más cálidos». Es verdad que, en el caso de *Beowulf* la historia se desarrolla en Escandinavia, pero el autor es inglés; en todo caso, a ese nivel social, el vino de importación no sería nada raro.

Las ocasiones festivas se celebraban también con cerveza o con hidromiel, palabras que también entran a formar nombres compuestos, sobre todo con las voces *benc* (banco): *medubenc*, *healle: meduhealle* y *sele: beorsele*. Cuando llega Beowulf al palacio de Hrothgar, la propia reina danesa le acerca

al joven héroe sueco la jarra de hidromiel, y al volver a Suecia, éste comenta: «Jamás vi bajo la cúpula del cielo una alegría mayor de hombres sentados en el palacio, bebiendo hidromiel» (2014-2016). En un acertijo cuya respuesta es *el cuerno*, éste se jacta de llevar en «su seno» el hidromiel, y la bebida constituye ella misma el tema de otro acertijo, de tono didáctico, en el que se subraya la potencia del hidromiel que puede «tumbar» a jóvenes y viejos.

La cerveza goza de un protagonismo similar: a ella se dedica un acertijo en el que se la califica de «alegría de los seres vivientes». Hay quienes están destinados, se dice en *Los Destinos del Hombre*:

a alegrar a los hombres cuando están reunidos, deleitar a los que están sentados en los bancos bebiendo cerveza, donde el regocijo de los bebedores es grande.

y en *Los Talentos de los Hombres*, se pondera a aquel «señor de la cerveza, que sabe ser ingenioso a la hora de la fiesta». En *Beowulf*, la cerveza rivaliza con el vino a la hora de evocar escenas festivas: así Hrothgar recuerda cómo «a menudo los guerreros borrachos de cerveza se jactaban delante de sus jarras de cómo esperarían el ataque de Grendel» (480-484). La llegada a Dinamarca del propio Beowulf provoca un festejo, «una alegría de héroes», en la *beorsele* donde corre «la cerveza reluciente» en jarras adornadas. No es de extrañar que Beowulf termine por tachar al amargado Unferth de «*beoredruncen*» (borracho de cerveza): el episodio no acaba mal (por algo Beowulf es el héroe), pero, en efecto, los textos anglosajones religiosos y didácticos no dejan de indicar las nefastas consecuencias a que pueden conducir estos banquetes en los que, evidentemente, el alcohol tenía tanto protagonismo. Tácito ya había comentado esta tendencia:

Las sesiones dedicadas a la bebida, que duran un día y una noche, no se consideran en absoluto vergonzosas. Las peleas que inevitablemente surgen de las copas raras veces se limitan a los insultos, sino más bien se prestan a golpes y heridas. No obstante, a menudo convierten el banquete en la ocasión para discutir temas muy serios ... En ningún momento, según ellos, está el corazón tan abierto a sugerencias nobles ni tan dispuesto a acoger calurosamente una petición (Cap. 22).

En *Judit* y *Juliana*, poemas hagiográficos, sin embargo, el vino y la embriaguez se asocian con la irresponsabilidad, las peleas y el homicidio. En *Juliana*, el propio diablo explica a la santa cómo él azuza a los hombres, borrachos de cerveza, para que se acuerden de antiguas rencillas y se pe-

leen: «Les ofrecí enemistad desde la copa, para que en la sala del vino ... sus almas pudiesen salir presurosas de sus cuerpos tras el golpe de espada». Asimismo, en *Judit*, hay una evocación magistral del festín en el que se emborrachan Olofernes y sus malévolos seguidores, antes de atentar contra la virtud de Judit. Abundan en este texto las referencias no sólo al vino y al hidromiel de que quedan «empapados» los comensales, sino también a los variados recipientes en los que se servían estas bebidas.

Pero estas alusiones negativas a los festines son excepcionales y, características, naturalmente, del didactismo cristiano: en la poesía épica anglosajona, que si bien contiene también elementos cristianos, tiene todavía mucho del paganismo germánico, la vida festiva en la gran sala de banquetes es objeto de constante exaltación: «Los renombrados se sentaron en el banco, disfrutaron del festín» (1013-1014), dice el autor de *Beowulf*, y en un poema elegíaco, *El Errante*, éste no sólo se lamenta de que, con el paso del tiempo, «las salas del vino» «se vienen abajo», sino que incorpora al final un pasaje arraigado en la tradición del *Ubi sunt?* en el que el poeta pregunta: «¿Dónde ha ido la sala de festejos? ¿Dónde las alegrías de esa sala? ¡Ay de mí! ¿Qué ha sido de la copa reluciente?». Otra elegía, dedicada a describir las ruinas de una ciudad romana (tal vez, Bath), lamenta la desaparición de «tantas salas del hidromiel llenas de alegría varonil».

Entre tales «alegrías», la bebida, evidentemente, ocupaba un lugar destacado, pero no era lo único: puede decirse, incluso, que es gracias a otra costumbre festiva, la de contar o cantar, en el transcurso del banquete, historias de grandes héroes, y grandes hazañas del pasado, lo que nos permite contar lo que estamos contando aquí. *Beowulf* se compuso para ser recitado durante un banquete, y amenizar así la fiesta, del mismo modo que, incrustadas en este mismo poema, figuran escenas de otros festines en las que otros bardos, a su vez, cantan las glorias de una raza, de una familia o de un héroe singular. Es bien sabida la importancia del papel desempeñado por el *scop* dentro de la sociedad aristocrática anglosajona, y son muy frecuentes las referencias a los cantares que, acompañándose del arpa, recitaban estos trovadores para amenizar las fiestas de sus señores. El poema, *Widsith*, tiene por tema las andanzas de uno de estos *scop* profesionales, quien habla con orgullo de los reyes, pueblos y héroes que ha conocido: «Yo sé cantar y declamar una trova; yo sé recitar ante los comensales en la sala del hidromiel», dice, y en Borgoña, añade, el Rey Guthere «me dio una magnífica joya a cambio de mi cantar», porque es a través de las loas de un bardo como «un señor puede verse exaltado ante sus guerreros». En el poema titulado *Los Destinos de los Hombres*, se hace mención de:

Aquél que se sienta a los pies de su señor con su arpa y recibe tesoros, y con habilidad acaricia las cuerdas, y deja que el plectro vibre y resuene, lleno de melodía: ¡cuán solicitado está!

En *Beowulf*, la construcción del palacio de Hrothgar da envidia al espíritu malévolo, Grendel; más envidia aún le da «el escuchar día tras día el júbilo en el palacio», donde «se oía tocar el arpa, y el claro cantar del bardo». En la fiesta que se organiza para celebrar la victoria de Beowulf sobre Grendel, nos dice el poeta: «Se mezclaban cánticos y música ante el héroe ... tocaban el arpa; se recitaba un poema tantas veces como le correspondía al bardo de Hrothgar proclamar la alegría» (1063-1067). Se observará que se asocia la música con el regocijo, y es digno de notar en este contexto, que el arpa se denomina «la madera de la alegría» en *Beowulf*. Tan estrechamente identificada está el arpa con la noción de la alegría que, en otro poema elegíaco, *El Navegante*, figura entre los placeres a los que ha de renunciar el marinero: «Sus pensamientos no se centran en el arpa, ni en recibir anillos, ni en deleitarse con una mujer...» (44-45).

Si bien es verdad que el bardo desempeña un papel importante en estos banquetes palaciegos, está claro que cualquiera de los comensales podía ofrecerse para cantar o recitar una historia: así, cuando Beowulf, de regreso ya a Suecia, recuerda allí la gran fiesta danesa, observa:

Cuando llegó la mañana y nos habíamos sentado para el festín ... hubo cantares y alborozo. Un anciano Scylding, rico en experiencia, contó historias de antaño. A veces, un osado guerrero sacaba dulzura del arpa, de la madera de la alegría; a veces, componía un poema verdadero y triste, a veces, el generoso rey contaba de manera muy propia una historia maravillosa. A veces también, un viejo guerrero, encorvado por los años, empezaba a hablar a la juventud de proezas bélicas: se le hinchaba el corazón cuando, ya tan mayor, recordaba tantas cosas (2105-2114).

Según John Milton, en su *Historia de Britannia*, 1670, los ingleses pasaron la víspera de la batalla de Hastings «cantando y bebiendo toda la noche», mientras que los normandos pasaron la noche «confesándose y comulgando».

Tal vez el episodio más famoso de la *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* de Beda, 731, sea precisamente una historia (Libro IV, 24) que sirve para demostrar la importancia que tenía en la sociedad anglosajona el saber componer cantares y tocar el arpa. Se trata de la historia de Caedmon, un hermano lego del monasterio de Whitby, quien, aunque «bien avanzado

en años, nunca había aprendido nada acerca de la poesía». «De hecho», continúa el texto:

siempre que los asistentes a una fiesta se turnaban para cantar y entretener a los comensales, (Caedmon) se levantaba de la mesa y se marchaba a casa en cuanto veía que el arpa, pasando de mano en mano, iba a llegar a él.

Como se puede ver, pues, el concepto de fiesta se limita, en el canon anglosajón, a evocaciones de banquetes celebrados en los *healle* de los grandes señores, banquetes en los que abunda el alcohol, y que se ven amenizados por cantares, acompañados del arpa, o relatos de grandes hazañas de antaño, y en los que desempeña un papel muy sugerente el momento en que el rey, o el señor, hace entrega de valiosos regalos a sus invitados más distinguidos. De nuevo, Tácito confirma esta costumbre en su *Germania* (Cap. 21): «Les encantan los regalos, pero no supone ningún mérito el darlos, y no se adquiere ningún compromiso al recibirlos». Tales dádivas consistían generalmente en armas y copas adornadas, ricas joyas, y, sobre todo, aros de oro, en forma de coronas, brazaletes, y anillos. Por algo, J.R.R. Tolkien, gran conocedor de la literatura medieval europea, tituló su novela épica, *El Señor de los Anillos* (*se beaggjēfa*). En el contexto anglosajón, los festejos se organizan, no para celebrar alguna fiesta religiosa o familiar, sino para ensalzar alguna victoria bélica o alguna proeza marcial, o, simplemente, para servir de marco adecuado para «el descanso del guerrero». La sociedad que se refleja en tales evocaciones es una sociedad agresivamente masculina, tan acostumbrada a ejercitarse en las artes marciales, realizadas, evidentemente, al aire libre, que la noción de fiesta parece identificarse con los momentos de ocio pasados en casa, cosa muy comprensible, por otra parte, tratándose de un clima como el inglés o el escandinavo. Hacemos hincapié en este hecho, puesto que, si bien se hace mención en algún texto a «juegos de salón» como el ajedrez o los dados, apenas se encuentran ecos literarios de actividades festivas o recreativas, realizadas al aire libre. Es verdad que en *Los Talentos de los Hombres*, se alude a aquel «que es un veloz corredor», a aquel «que persigue y caza magníficos animales», a aquel «que es un osado jinete», etc., pero dichas referencias no suponen ninguna evocación de estos deportes —como recreativos o festivos— se trata de una simple enumeración de los «dones especiales» que el Señor Todopoderoso reparte entre los hombres. Tampoco tiene nada de realmente festivo la rivalidad entre el joven Beowulf y Breca, cuando deciden ambos arriesgar su vida en el mar, en una contienda de

fuerza y de resistencia. Lo que sí es significativo en este episodio es la metáfora irónica a la que recurre Beowulf cuando describe cómo acabó con los monstruos marinos que le acosaban en aquella ocasión: «No pudieron disfrutar de la fiesta, esos bellacos, no pudieron devorarme, y sentarse alrededor del banquete en el fondo del mar» (562-565).

Otro pasaje muy famoso de Beda (*Historia Ecclesiastica...*, II, 13), incluido en su descripción de la conversión de Northumbria al cristianismo, viene a respaldar esta noción de cuán atractivas resultaban para los anglosajones las comidas en común celebradas en el *healle* de su rey o señor. Se trata de las palabras pronunciadas por uno de los consejeros del Rey Edwin, tras oír al monje Paulino predicar el cristianismo:

Majestad, cuando comparamos la vida presente del hombre con aquel tiempo del que no sabemos nada, se me antoja el vuelo veloz de un gorrión solitario a través de la sala donde os sentáis durante los meses de invierno, para cenar con vuestros capitanes y vuestros consejeros. Allí dentro, hay un buen fuego para calentar la sala: fuera, soplan las ráfagas invernales de nieve y de lluvia. Este gorrión entra volando rápidamente por una puerta de la sala, y sale por otra. Mientras está dentro, está a salvo de las tormentas invernales; pero, después de unos momentos de comodidad, desaparece de nuevo hacia las tinieblas de donde salió. Del mismo modo, el hombre aparece en la tierra durante un breve momento, pero no sabemos nada de lo que hubo antes de esta vida, ni de lo que va a haber después.

Aunque esta evocación no es especialmente festiva, sí ensalza, repetimos, lo acogedor que puede resultar la vida comunitaria, y protegida, del palacio anglosajón, y no es casualidad, sin duda, que Beda encomiende esta visión a un pagano, pues, como se ve, está muy alejada de la concepción metafórica cristiana de la vida como un valle de lágrimas. En realidad, esta evocación recuerda más la concepción germana del Valhalla –aquella gran sala–, presidida por Odín, donde los guerreros muertos, conducidos por las Valkirias, serán festejados con cerdo e hidromiel. Así, al final del *Canto Mortal* de Ragnar Lo^o brok, éste dice con exaltación:

Me alegra saber que Odín está preparando los bancos para el festín. Pronto estaremos bebiendo cerveza en unos cuernos corvos. El campeón que entra en la morada de Odín no siente morir.

Tienen, desde luego, más cabida las actividades festivas al aire libre en la literatura inglesa a partir del siglo XII: y tal vez una de las evocaciones

más magistrales en este sentido sea la que ofrece Godofredo de Monmouth en su *Historia Regum Britanniae* (1136) –fuente primaria de la literatura artúrica– en los pasajes en que él describe los festejos correspondientes a la celebración en Pentecostés, y en Caerleon-on-Usk, de una sesión plenaria de la Corte de Arturo, descripción que, evidentemente, refleja las características de fiestas similares celebradas en la Inglaterra normanda de su tiempo.

Animados por la comida y la bebida ... (nos dice Godofredo) los caballeros salieron a los prados en las afueras de la ciudad, y se dividieron en grupos dispuestos para entregarse a distintos deportes. Unos tomaron parte en un simulacro de batalla y compitieron entre sí en ejercicios ecuestres... Los otros pasaron lo que quedaba del día tirando con arcos y flechas, arrojando la lanza, lanzando piedras y pedruscos y jugando a una gran variedad de juegos: ...y esto sin el menor síntoma de rencor. El que ganaba un juego determinado, recibía de manos de Arturo un gran premio. Los siguientes tres días pasaron también así.

La *Historia*, como se sabe, fue traducida y adaptada, primero al francés por Wace en 1155, y luego, al inglés, por Layamon, en 1200. El texto que acabamos de citar sufrió ciertos retoques a manos de éste último: así, según el poema inglés:

Algunos (de los invitados) hacían carreras a caballo, otros a pie, otros se dedicaban a saltar, otros a tirar, algunos de ellos luchaban entre sí, otros hacían algún juego con los escudos en la esplanada, otros mandaban balones lejos por los campos. Hacían allí todo tipo de deportes, y quienquiera que ganase los honores en su juego, era conducido con cánticos ante el rey, y éste le recompensaba bien por su destreza.

Especialmente interesante nos parece la alusión al deporte de «mandar balones lejos por los campos», en Inglés Medio: «Summe heo driuen balles wide *Ʒeond þa feldes*» (l. 12328); ahora bien, como se sabe por otros textos de la época, *driven* puede perfectamente significar «dar patadas», y es más que probable que Layamon se esté refiriendo aquí a partidos de fútbol, pues, como veremos, ya a fines del siglo XII, dicho deporte estaba bien establecido como una recreación apropiada para un día de fiesta. Puesto que esta alusión al fútbol de Layamon es de su propia cosecha –es decir, ni Godofredo ni Wace lo mencionan– se trata tal vez de una interpretación característicamente inglesa de cómo hay que divertirse al aire libre. Puede que no carezca de interés, vista su inmensa popularidad todavía hoy en día, reseñar algunas alusiones al fútbol que figuran en textos literarios medievales ingleses.

Si bien es verdad que la voz, *football*, no se registra en Inglés hasta 1486, este deporte de hecho era el sucesor de un juego denominado, en Inglés Medio Temprano, *camp-ball* o *camping*, del Antiguo Inglés *camp/campian* (del Latín: *campus*: «campo de contienda»). Queda claro que en algunas modalidades de este juego, el balón era impulsado por el pie, puesto que existía la expresión, *kicking camp*, y que, el *Promptuarium Parvulorum*, una especie de diccionario para niños, c. 1440, glosa *campynge* como *pedipiludium*.

En 1175 aproximadamente, William Fitzstephen, testigo presencial del asesinato de Becket en la Catedral de Canterbury, escribió en latín una *Vita Sancti Thomae*, que llevaba a modo de introducción un fascinante *Descriptio Londiniae*, una auténtica joya para historiadores posteriores, y que incluye el siguiente párrafo:

...el día que llamamos Martes de Carnaval... Después de comer, todos los jóvenes de la ciudad salen a los campos para dedicarse al conocido deporte llamado fútbol. Los alumnos de las respectivas escuelas tienen cada uno su balón; y los artesanos de la ciudad, según sus distintos oficios, tienen los suyos. Los hombres mayores, los padres de los jugadores, y los prósperos burgueses, salen a caballo para ver los partidos de los jóvenes, con quienes, a su manera, (también) participan, su calor natural aparentemente inflamado ante espectáculo de tanta agilidad...

¡Cuán a menudo hoy en día, hemos de lamentar la inflamación del calor natural de los modernos aficionados! Durante siglos, el Martes de Carnaval fue el gran día del fútbol en Inglaterra, y documentos del siglo XIV procedentes de Chester, por ejemplo, señalan la importancia del partido que tradicionalmente se celebraba ese día entre los pañeros y los zapateros de la unidad.

En el siglo XIII, un muchachito inglés de buena familia, Sir Hugh de Lincoln, se convirtió en víctima de la crueldad judía, un episodio al que alude la Piora en los *Cuentos de Canterbury*, al nombrar un relato de temática similar: la trágica historia de este joven fue también recogida en una balada de principios del siglo XV. La balada empieza así:

Veinticuatro apuestos muchachos
Estaban jugando al balón
Y por allí pasó el dulce Sir Hugh,
Que jugaba mejor que nadie.
Dio una patada al balón con el pie derecho,
Y lo remató con la rodilla,
Y a través de la ventana del Judío
Hizo desaparecer el bonito balón.

El juego termina mal, pues la hija del judío se niega a devolver el balón, a menos que el pequeño Hugh suba a buscarlo; cuando así lo hace, ella le «mata como se mata a un cerdo». Tanto en la balada, donde las campanas tocan ellas solas en su funeral, como en la vida real, el pequeño mártir hizo muchos milagros, de manera que si el fútbol inglés fuera un día a elegir un Santo Patrón, San Hugo sería un buen candidato.

La violencia que hoy asociamos con los partidos de fútbol –en principio una actividad *festiva*, un entretenimiento– no es nada nuevo, como atestiguan múltiples textos y documentos ingleses de todas las épocas. Decretos contra el fútbol fueron promulgados por Eduardo II (1313) y Eduardo III (1349), a causa de la violencia que engendraba, y algunos cronistas subrayan el hecho de que se cerraban las tiendas los días de partido. El fútbol era muy popular en Escocia, y aunque el erudito Jaime I, también intentó suprimirlo mediante multas, tampoco tuvo mucho éxito. Así es que cuando en el poema alegórico del escocés Gavin Douglas, *El Rey Corazón* (1497), este viejo Rey, al hacer su testamento, se acuerda tanto de amigos como de enemigos, figura entre estos últimos la *Agilidad*, que en su juventud le llevó a participar temerariamente en juegos «de balones y bolos»; a la Agilidad, pues, el Rey le lega, (es decir, le *atribuye*) su «brazo lleno de cardenales», y ¡«esta espinilla rota que se hincha, y no quiere curarse»!

Existen también unos anónimos versos en dialecto escocés del siglo XV, que suenan, desde luego, a muy moderno:

Brissit brawnis and broken banis,
 Strif, discord and wastie wanis,
 Cruket in eld, sin halt withall,
 Thir are the bewteis of the fut-ball».
 (Músculos magullados y huesos rotos,
 Peleas, discordia y hogares arruinados,
 En tu vejez encorvado, y además cojo,
 Estas son las bellezas del fútbol).

El fútbol, desde luego, se hizo cada vez más característico de las fiestas populares: hubo, sin embargo, otras diversiones al aire libre de corte más aristocrático que se reflejan con frecuencia en la literatura inglesa medieval, tales como las cacerías y los torneos, entendiendo la cacería, en el contexto de los ricos, como una forma de *otium cum dignitate*, no como en el caso de los pobres, como un medio para subsistir. Tanto en el magnífico poema narrativo anónimo de fines del siglo XIV, *Don Galván y el Caballero Verde*, como en *El Libro de la Duquesa* de Chaucer, donde se

evocan escenas de cacería con gran realismo y viveza, se hace hincapié en la *alegría* de este deporte. Así Bertilak en *Don Galván y el Caballero Verde* va a la cacería con felicidad (*blys*) y regocijo (*joy*), y Chaucer, en sueños, se une «contentísimo» a una cacería, y es de notar, que las víctimas de las tres cacerías de Bertilak, se conciben como «premios». Al Duque Teseo (en el *Cuento del Caballero*) le encanta tanto ir a cazar que «Toda su alegría y su deseo es / Ser el azote del gran ciervo». El joven Troilo aprovecha las treguas de la Guerra de Troya para cazar el jabalí, el oso o el león, con el fin de ganar la admiración de su dama. Las descripciones de los preparativos para tales cacerías literarias, las alusiones a los toques de cuerno, al bullicio de la gente, a la excitación de los perros, incluso a la vestimenta de las damas ... todo contribuye a aumentar el espíritu festivo que suele informar tales textos.

«Como deporte de caballeros, (el torneo) no tenía rival en la Edad Media», nos asegura un especialista en la materia¹: siendo así, no es extraño que esta actividad festiva se vea reflejada con frecuencia en la literatura del período, y que existan descripciones pormenorizadas de los festejos que solían organizarse con tal motivo. Una evocación magistral inglesa del torneo medieval, la hallamos en el *Cuento del Caballero* de Chaucer, donde el Duque Teseo decreta que los dos jóvenes, Palamón y Arcite, enamorados ambos de la misma mujer, Emilia, han de batirse en una justa, a ser posible *no* hasta la muerte, para decidir cuál de los dos ha de llevarse a la dama. El torneo terminará, como parece era tradicional, con un gran banquete y habrá, además, otros festejos que el Duque organizará para todos los invitados. Aunque Chaucer omite *algunos* de los detalles referentes a la organización de estas justas a gran escala, la crítica autorizada no ha dejado de señalar la extraordinaria exactitud de su descripción de este torneo literario. Esto se debe probablemente al hecho de que cuando Chaucer ocupaba el puesto de Encargado de las Obras del Rey, tuvo, en 1390, que responsabilizarse de la construcción de las empalizadas y de los andamios para la celebración de dos torneos en el barrio londinense de Smithfield.

Chaucer evoca en términos impresionistas también el propio combate entre Palamon y Arcite, y luego las fiestas de tres días de duración con que terminan las justas. Aunque muchos de los combatientes están heridos y tienen que recurrir a pomadas secretas, amuletos, medicinas y destilaciones de hierbas, etc., tienen el valor de «pasarse toda la noche de algazara», en el

¹ Francis Cripps-Day: *The History of the Tournament*, Londres, 1918, p. 6.

palacio de Teseo, recibiendo de manos de éste, como en las gestas anglosajonas, regalos y premios, «cada cual según su condición». El gran premio, la mano de la hermosa Emilia, ya le ha sido concedida a Arcite, el vencedor, nada más terminar el combate. La evocación literaria del torneo que nos ofrece Chaucer en el *Cuento del Caballero*, es una de las más impresionantes y más realistas que poseemos, pero hay que decir que no son pocas las descripciones literarias inglesas de esta modalidad de fiesta tan característica de la Edad Media, en textos, por ejemplo, de Gower, y sobre todo, en el *Morte d'Arthur* de Malory, 1475, un compendio en prosa de todas las leyendas y tradiciones artúricas inglesas y francesas.

En este contexto, resulta de especial interés, el retrato paródico del torneo, que presenta un breve y anónimo poema narrativo compuesto unos pocos años antes que el *Morte d'Arthur*, y llamado *El Torneo de Tottenham*. Redactado en versos aliterativos, en clave de humor burlesco, y situado en el pueblo de Tottenham, la obra tiene por objeto, o bien reirse del torneo como institución anticuada y pasada de moda, o bien burlarse de las aspiraciones del grupo de rústicos que lo protagonizan. El torneo, como hemos visto, era una actividad muy costosa, llena de ritual y de ceremonia, y como tal, privativa de las clases altas, y propia, por lo tanto, en el mundo literario, de los caballeros de Arturo, o como hemos visto, de un duque de Atenas. Como toda buena parodia, el *Torneo de Tottenham* se parece lo bastante a lo parodiado como para tener gracia: es más, existe cierto paralelismo entre el torneo de Teseo y el de Tottenham, puesto que en ambos casos, el «premio» es una mujer que tiene más de un pretendiente. Toda la gracia del poema estriba, sin embargo, en las diferencias que han de darse entre un torneo organizado por el Duque de Atenas, y un torneo organizado por el alguacil de Tottenham: el poema comienza con la afirmación de que sería una lástima olvidarse de las hazañas bélicas realizadas por los «valientes y fornidos» mozos de Tottenham que han participado en un torneo, organizado por el alguacil del lugar, con el fin de conceder la mano de su hija Tyb al vencedor. Como dote, Tyb aportará también una gallina ponedora y una vaca parda. El tono burlesco está implícito ya desde el principio, en los oficios de los combatientes y del propio alguacil, así como en sus nombres tan característicos de la Inglaterra rural: mientras que en el *Morte d'Arthur*, se habla de Don Perceval de Gales, de Sir Brian de las Islas, de Don Uwain de Blanchemains, o de Don Carados de la Torre Dolorosa, (VII, 27) como contendientes en unas gestas, en Tottenham, oímos hablar de: Hawkyn, Herry, Tomkyn y Hud, y las armas que manejan ya no son espadas y lanzas, sino palas, rastrillos y mayales: montan yeguas, más

que caballos, y sus armaduras consisten en «Buenas bacías negras» para protegerse la cabeza, alfombras viejas y pellejos de oveja para taparse el pecho. Tan cervantina evocación se hace aún más patente con el retrato que se nos ofrece de Tyb, la Dulcinea de Tottenham, quien preside el torneo desde una abertura en el seto, montada en una yegua, y sentada sobre un saco de grano «a fin de tener más blando asiento» y con su gallina ponedora en el regazo:

Un bonito cinturón llevaba Tyb, presctado para la ocasión, y en la cabeza una guirnalda, hecha de tabas redondas.

Cada uno de los combatientes se presenta ante ella, para jactarse de las proezas que piensa realizar, y para enseñarle sus blasones; las divisas heráldicas de uno consisten en una criba y un rastrillo, las de otro, en una masera y una pala de panadero, etc. Tras muchos palos dados y recibidos, Perkyn el alfarero, consigue la victoria:

«¡Je, je! ¡qué valiente eres!», dice Tyb, entre risotadas, y con mucho alborozo marchan a casa, donde pasan la noche juntos, casándose al día siguiente; la boda se celebra con un festín al que asisten los vencidos, que, como los comensales de Teseo, están todavía resentidos de la contienda: «Uno llegó apoyándose en un bastón, y otro en dos a la vez. Algunos tenían la cabeza rota y otros la paletilla...» pero, a pesar de todo, «pasaron todo el día alegremente», y se fueron a la cama «muy mareados».

Como puede verse, en cuanto a entretenimientos celebrados bajo techo, no cabe duda de que el banquete, como en tiempos anglosajones (y como hoy en día) seguía siendo la manifestación más destacada del espíritu festivo en la época del Inglés Medio. Sin embargo, tales banquetes se asociaban ya, con fiestas religiosas, o con motivos profanos tales como las bodas, etc., además de con la celebración de una victoria bélica o de unas proezas militares. Tal vez no sería incluso exagerado decir que toda la evocación artúrica deriva de un banquete, pues como se recordará, según Godofredo de Monmouth, Utherpendragon, decidió organizar una gran fiesta, en Pascua, con todos sus nobles, para celebrar la pacificación del norte de Inglaterra —fiesta a la que asisten también las esposas e hijas de los invitados—. Allí es donde el rey se enamora de Ygerna, la mujer del Duque de Cornualles:

lleno de deseo ... fijaba (Utherpendragon) toda su atención en ella. A ella, y a nadie más, insistía en mandar platos de viandas, y a ella, también, enviaba su propio escanciador con vino en copas de oro.

Ygerna, como se sabe, llegará a ser la madre de Arturo². Aunque tratándose de banquetes literarios, no se suele especificar en gran detalle los distintos manjares que aparecen en el menú, sí suele haber referencias a la gran *cantidad* de los mismos, referencias que a menudo figuran en textos que censuran tales festejos, viendo en ellos, una justificación de la glotonería: así en el poema alegórico del s. XIV, *Ahorrador y Gastador*, éste último organiza una cena para sus seguidores, consistente en doce platos distintos, y que incluyen: cabeza de jabalí, rabo de ciervo, sopa, venado, faisanes, empanadas, carne picada, aves asadas, carne asada, medios cabritos, cisnes cuarteados, y gran variedad de otras aves; conejo, pastelillos, hojaldres, etc.

El buen párroco en los *Cuentos de Canterbury*, critica en su cuento-sermón las exageradas cantidades de comida, y la suntuosidad de los adornos de la mesa, que incluyen los ricos en sus banquetes; entre los peregrinos de Canterbury, el *Franklin* o terrateniente, se destaca por la excelencia y la generosidad de su mesa («nevaba en su casa comida y bebida»). Existe, además, un interesante documento auténtico del s. XV, llamado *Un banquete para un Franklin*, que incluye el menú adecuado para tal ocasión, y en el que figuran:

embutidos, beicon, guisantes, carne de buey y de oveja, capones, gansos, cerdo, empanadas, carne estofada, ternera, cordero, conejo, pichones, pastelillos de hojaldre, *crêpes*, manzanas, peras, especias, pasteles y canutillos hechos con hidromiel y cerveza.

De hecho, la poesía narrativa inglesa medieval arroja mucha luz sobre las costumbres asociadas con el gran festín: el empleo de trompetas para anunciar la llegada de los primeros platos figura en *Don Galván y el Caballero Verde*, como también en *Pureza*, donde se describe el festín de Baltasar. Chaucer alude varias veces al papel de la música en los festejos, mencionándola en relación con el banquete de boda de Enero (el *Cuento del Mercader*), con la fiesta de cumpleaños del Rey Cambuskan (el *Cuento del Escudero*), y, con la fiesta, ofrecida a los invitados de Teseo. Tampoco faltan alusiones literarias al regimiento de criados que se necesita para llevar a buen puerto tales festejos. En estos festines chaucerianos, sin embargo, el autor prefiere no enumerar los distintos manjares, aunque sabemos que el Rey Sarpedoun agasajó a Troilo y a Pandaro con «viandas

² Hemos de recordar también que uno de los símbolos más sugerentes de la Edad Media, «la Tabla Redonda», nació del mundo del gran banquete, para evitar, como dice Wace, que nadie se sentase «más alto que» nadie, sino que fuesen todos los caballeros iguales cuando se sentaban para comer.

costosas» y «delicadas», que la reina Dido ofreció a Eneas «un banquete ... lleno de delicados y costosos manjares», y que servían «consomés ‘curiosos’, cisnes y garzas tiernos».

Tal vez la descripción más sugerente y más completa de un gran festín entre las que nos ofrece la literatura medieval inglesa, sea la que figura al principio de *Don Galván y el Caballero Verde* (s. XIV) y de este texto se ha sacado la cita incluida en el título de este estudio.

Se trata de una fiesta organizada por el joven Arturo en Camelot, para las Navidades y la Nochevieja: allí los miembros de la *Tabla Redonda*, se divierten durante quince días, dedicándose a justar, a cantar, a bailar, y a asistir a grandes banquetes.

Todo era felicidad en salas y aposentos
Para los caballeros y sus damas, alegría deliciosa.

En Nochevieja, tras asistir a los oficios en la capilla, empieza una gran fiesta, en la que se intercambian regalos, se juega a las prendas, y luego se pasa a gozar del banquete, anunciado, como dijimos, por trompetas y gaitas. Cada pareja de invitados comparte los doce platos que constituyen el menú –una gran cantidad de manjares «delicados y frescos–», precedidos por un consomé servido en soperas de plata. ¡Todo aquello va acompañado además de «buena cerveza y vino reluciente»! Este banquete luego es interrumpido, brevemente, por la llegada del Caballero Verde y su desafío, suceso que satisface el deseo del rey de oír hablar de alguna aventura extraña; pues, aunque se insiste menos en el contar historias como costumbre festiva en el período del Inglés Medio, esto no quiere decir que dicha costumbre haya caído en desuso: recordemos, por de pronto, que el mecanismo al que Chaucer recurre en su obra maestra para enmarcar y engarzar una serie de cuentos, es precisamente, el de un concurso entre todos los peregrinos que se dirigen hacia Canterbury: es verdad que en este caso, no se trata de una fiesta, pero es digno de observar que el posadero que lo propone comenta:

Yo bien sé, que como váis caminando,
Tenéis la intención de contar historias y divertirlos;
Pues, de verdad, no supone ninguna diversión ni ninguna alegría
Ir caminando en silencio mudos como piedras;
Y por lo tanto, os sugiero un *entretenimiento*... (l. 771-5).

texto donde las palabras clave son *diversión*, *alegría*, *entretenimiento*, *solaz*, etc. En efecto, más de un escritor eclesiástico de la época deploraba el as-

pecto festivo que iban adquiriendo las peregrinaciones. El anónimo poeta de *Don Galván y el Caballero Verde*, tras hablar de la fundación de Britannia, introduce su historia de la siguiente manera, como contada *oralmente*:

Así que un hecho real aquí pienso relatar,

Un suceso muy extraño entre las aventuras de Arturo.
 Si queréis escuchar esta historia un poquito,
 Os la contaré, como yo la oí contar en la ciudad;

Más interesante en nuestro contexto es el deseo que atribuye el poeta al joven Rey Arturo, de jamás empezar a comer, en días festivos y de banquete, antes de que, o bien le hayan relatado alguna historia extraña:

Acerca de algún suceso maravilloso que él podía creer,
 Relacionado con los antepasados, las armas o algún otro tema elevado

o bien, un desconocido haya desafiado a alguno de sus caballeros. Como se ve, los términos referidos al relato: los antepasados, las armas, el tema exaltado, suponen una relación estrecha, todavía a fines del s. XIV (si bien el poema se sitúa en tiempos artúricos) con las costumbres anglosajonas.

El baile como actividad festiva figura con frecuencia en estos textos medievales, y en este caso, como veremos, no sólo en relación con las clases altas: en la boda del viejo Enero, (en el *Cuento del Mercader* de Chaucer) se tocan muchos instrumentos musicales, y la propia Venus baila delante de la pareja de novios, y es en el transcurso de un baile festivo cuando Dorigen, en el *Cuento del Terratiende*, hace su osada promesa de aceptar el amor de Aurelio, si éste hace desaparecer las rocas de la costa bretona. En otro nivel social sabemos que existían bailes populares³, sobre todo para celebrar el uno de mayo, y según un poema lírico del siglo XV, también la noche de San Juan. En esta obrita, una mujer cuenta cómo llevaba con alegría el compás en el tradicional baile de San Juan, pero ahora, dice: «¡Ojalá nunca hubiese aprendido a bailar!» pues tras un encuentro amoroso en el baile con un mogaño emprendedor, ¡no le llega ya el cinturón!

En efecto, *los fabliaux* y la poesía lírica seglar pueden arrojar alguna luz sobre cómo interpretaban las clases populares la celebración de una fiesta:

³ M.E. Whitmore: *Mediaeval English Domestic Life and Amusements in the Works of Chaucer*, Nueva York, 1972, pp. 219-226.

así, en un poema de corte realista, *La fiesta de la criada*, la muchacha en cuestión cuenta con ilusión cómo suele pasar el día cuando se trata de una fiesta señalada: tanta ilusión le hace, que antes de terminar sus labores, ya está poniéndose el pañuelo en la cabeza y sacándole brillo a sus zapatos, para estar lista para salir con Juanito, ya que, como dice el estribillo, ella «No teme ni a su ama en tan buena fiesta». Ella y el muchacho, dice, celebrarán la fiesta como hacen todos los domingos y fiestas de guardar, bebiendo cerveza a la que le invita él, y luego haciendo el amor. Pero llega el momento en que tiene motivos para lamentar lo que le ocurrió «en tan buena fiesta», pues su vientre empieza a hincharse, y no se atreve a contárselo a su señora.

En el *Cuento del Bulero*, Chaucer nos enumera las diversiones de unos jóvenes de vida desordenada:

...que se entregaban a la disipación ... jugando a los dados, y frecuentando burdeles y tabernas, donde con arpas, laúdes y cítaras, bailan y juegan a los dados de día y de noche, y comen también y beben en exceso, rindiendo así tributo al diablo.

Cuando se reúnen estos depravados, enseguida llegan:

...bailarinas elegantes y pequeñas, vendedoras de fruta, cantantes con arpas, alcahuetas, pasteleras, que son todas ellas las enviadas del mismísimo diablo, para atizar y soplar el fuego de la lujuria.

Como se ve, en las descripciones de los banquetes señoriales se insiste menos en la bebida que en tiempos anglosajones: aun así, en obras de corte más popular, no faltan referencias al alcohol. Así, en un poema festivo del s. XV, *Buenas Comadres Mías*, vemos cómo un grupo de mujeres, o comadres, tienen por costumbre reunirse en una taberna un día a la semana, donde se dedican a beber, a comer las viandas que ellas mismas han traído, y, a hablar mal de sus maridos:

Este es el pensamiento que anima a las comadres:
Que una vez a la semana, se dedicarán a la juerga,
Haciendo caso omiso de bebidas de poca monta:
Sólo el vino bueno.
No conocerá descanso.
¿(No es así) comadres mías?

En un poema burlesco, *Don Galván y el Hombre de Carlisle*, de fines del s. XV, el hombre en cuestión organiza un banquete al que invita a Galván, y donde

las exageradas alusiones al vino contribuyen al espíritu caricaturesco de la obra. El hombre de Carlisle no queda satisfecho con la copa de oro que le ofrecen, porque sólo caben en ella cuatro galones de vino (o sea, dieciocho litros):

¿Para qué me sirve esta copita?
Es demasiado pequeña para mí.
Que traigan un cuenco de vino...

dice, y termina recibiendo de manos de su mayordomo una copa de oro en la que caben nueve galones de vino, ¡una cantidad que hubiera impresionado hasta a los anglosajones!

Igualmente acorde con el espíritu anglosajón es otro poema festivo de fines del siglo XV, en el que se ensalza la bebida por encima de la comida: al estribillo, «Que nos traigan buena cerveza», anteceden observaciones como:

Que no nos traigan callos, pues nunca están limpios,
Que no nos traigan huevos, pues tienen demasiada cáscara,
Que no nos traigan pan blanco, pues no sabe a nada,
Pero, que nos traigan buena cerveza.

Hemos estado comentando las fiestas celebradas en días, y ocasiones señalados, pero es fiesta todos los días en *La Tierra de Cucaña*, situada, dice su anónimo autor, «muy al oeste de España», una tierra de nunca jamás, soñada por un monje hibernés, para combatir tal vez la monotonía y la austeridad de la vida monástica de fines del siglo XIII (1275-1300) en un pueblo remoto de Irlanda. Se trata de un poema goliárdico y paródico, satírico pero desenfadado, en el que se evoca un paraíso terrenal, un país de «pasteles», que halla sus raíces en la tradición de la tierra de leche y de miel de Luciano, y tiene sus analogías en *Le Fabliau de Coquaigne* francés y *L'Ordre de Bel Eysse* anglo-normando. Se recordará también, que el *Abbas Cucaniensis* hace una breve aparición en el N° 13 de las *Carmina Burana*:

Ego sum abbas Cucaniensis
et consilium meum est cum bibulis ... etc.

El manuscrito en el que figura nuestro texto⁴ contiene además una «Misa de Bebedores», *Missa de Potatoribus*, y otras piezas goliárdicas. En ninguna

⁴ MS. Harley 913, British Library.

tierra bajo el cielo, afirma el autor, hay tanta alegría y tanta felicidad como en Cucaña, y esta alegría festiva se debe en gran parte a la ausencia en esta tierra de los males que suelen acosar a la humanidad: los cucanienses no tienen ni noche, ni conflictos, ni muerte, ni animales domésticos, ni fieras, ni insectos, ni mal tiempo; nadie está enfadado ni viejo; siempre es de día, la vida es eterna, no falta nunca ni comida ni ropa y el agua sólo se emplea para lavarse. No es de extrañar, pues, que todo allí sea «game, joi, and gle», es decir, diversión, alegría y regocijo: una fiesta sin fin, ejemplificada en la vida y las costumbres de los monjes que viven allí en una bonita abadía, hecha de empanadas, de pasteles y de salchichas, manjares, por tanto, accesibles a todos por igual, como lo son, también, las ocas al ajillo, que vienen volando al convento, gritando «gansos calentitos», y las alondras, que llegan a la boca misma, guisadas ya, con canela y clavo. Los ríos de Cucaña son de aceite, leche, miel, y vino, y allí nadie habla mal del beber, sino que todos pueden tomar lo que quieren sin esfuerzo alguno. Es de suponer que tal abundancia de comestibles y «bebibles» produce la *alegría* mencionada por el autor, pero la diversión y el regocijo los proporcionan sin duda las novicias de un bonito convento situado a orillas del río de leche, río en el que suelen bañarse desnudas cuando hace calor: nada más verlas, los monjes, que tienen alas, se abalanzan sobre ellas, y se llevan cada uno luego «su presa» a casa con el fin de enseñarle una oración «With jambleve up and dun!». La obra presenta pues una visión paródica, tergiversada y carnavalesca de la vida del claustro: la abundancia contrastando con la frugalidad monacal, la permisividad sexual con el celibato y la castidad, y la total libertad de los monjes y monjas con la obediencia y la sujeción características de las reglas monásticas. Pero los medios para ganar este paraíso cucañiense son poco festivos:

El que quiere llegar a ese país,
Tiene que hacer muchísima penitencia:
Durante siete años, que lo sepáis bien,
Tiene que andar metido hasta el cuello
En estiércol de cerdo
¡Así ganará esa tierra!